

FICHA 2

El camino al Padre: la parábola del padre misericordioso

Lc 15, 11 - 32



1. Leamos la Palabra de Dios



1.1. Proclamamos la Palabra

Iniciamos el encuentro con un canto y la oración inicial.

Con voz clara y fuerte se proclama la Palabra de Dios: san Lucas 15,11-32.

Cada uno vuelve a tomar el texto bíblico. Lo leemos en silencio, escuchando a Dios que habla, y *lo marcamos* con: *a)* el *signo de interrogación* cuando no entiendo alguna palabra, frase o acontecimiento, y *b)* *subrayo* aquello que estimo que es el tema central.



1.2. *Compartamos la vida*

- a** ¿Cuáles son hoy los mayores problemas en la relación de los padres con sus hijos? ¿Tenemos alguna experiencia al respecto que podamos compartir? ¿Cómo se han solucionado esas tensiones o conflictos?
- b** ¿Cómo era la relación “padre-hijo” en los tiempos de Jesús?. Para entender esta relación leamos *Eclesiástico 3,6-7 y 30, 1-13*. ¿Qué conclusión podemos sacar?
- c** ¿Qué se esperaría de un padre en tiempos de Jesús que tiene un hijo rebelde y libertino como el de la parábola?

A partir de nuestra experiencia, ¿cómo se relaciona el Padre celestial con nosotros?, ¿cómo actúa cuando nos alejamos de él a causa del pecado?

1.3. *Escuchamos a Dios*

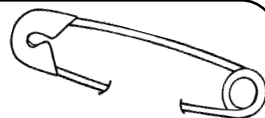
A. *LOS SIGNOS...*

Ahora es el momento de poner en común los signos de interrogación: ¿por qué los hice?, ¿qué no entendí? Unos a otros nos ayudamos a explicar lo que no se comprende. Podemos ver las notas y los vocabularios de las diversas versiones de la Biblia.

Compartamos ahora lo que subrayamos: ¿por qué considero que es el tema o mensaje central del texto bíblico? Nos ponemos de acuerdo sobre el tema central y lo expresamos en pocas palabras.



B. EL MENSAJE...



- a** La envidia de fariseos y maestros de la ley es enorme porque cada vez más la gente escucha a Jesús, y cada vez menos los escucha a ellos. Se las ingenian para ponerle problemas a Jesús. Ahora lo acusan de meterse con recaudadores de impuestos y pecadores (15,2).


Con la *parábola del padre misericordioso* (15,11-32), Jesús nos enseña que su Padre sale al camino de todo hijo perdido para hacerle partícipe de su amor y de su vida, redimirlo del pecado y devolverle su dignidad de hijo. También nos enseña que un hijo no sólo debe arrepentirse por el peso de la culpa sino, sobre todo, para *alegrar su corazón de su Padre* (15, 6.9.32), dejándolo ser *Padre compasivo* (15, 20), ansioso de recibirnos de nuevo en su casa.

- b** Jesús comienza la parábola diciendo que su hijo menor exige la herencia a su padre aún vivo para irse de la casa. Jesús, y los que lo escuchan, saben que esta petición es poco común y ofensiva para el padre. El padre no está obligado a dársela (ver Eclo 33,20-24 y 9,6), y, sin embargo, reparte su herencia a ambos hijos



El menor gasta su fortuna en un país lejano a tal punto. Tal es su derroche de dinero que termina en una *extrema degradación material*: con hambre y sin ropas. Jesús luego nos dice que su *degradación* no sólo es material, sino también *religiosa*: vive como un libertino, cuida cerdos y busca alimentarse de la comida impura que comen los cerdos (15, 13 - 16). El hijo menor se ha hecho un judío impuro, un hombre pecador, excluido de Israel, el pueblo santo de Dios.

¿Qué padre judío del tiempo de Jesús perdonaría a un hijo que ha deshonrado así a su familia?, ¿acaso la conducta del hijo no es motivo de comentario y mofa en pueblos como aquellos? Para no manchar el honor de la familia, un padre judío de ese tiempo debía desconocerlo como hijo o castigarlo tan duramente como pudiera.



c Pero, ¿qué nos enseña Jesús? Primero nos enseña que por más profunda que sea nuestra degradación moral *es posible la conversión*. Pero hay que *hacerse cargo del propio pecado*, como el hijo menor, que entra en sí, cayendo en la cuenta que abandonó la “casa paterna” (15,17). Todo pecado “me saca de mí”, de la casa del Padre, y me hace vivir realidades y sensaciones que no son las propias de un hijo de Dios y miembro de la Iglesia.

También nos enseña que quien entra en sí “se levanta” inmediatamente y se “pone en camino” (15,18,20). El verbo “levantarse” san Lucas lo emplea cuando se refiere a la resurrección de los muertos y de Jesús (9,8; 16,31). Y “ponerse en camino” es una expresión que utiliza para indicar la nueva vida cuando se sigue a Jesús (Hch 9,2; 18,25-25). La conversión es una verdadera *resurrección espiritual* que nos pone de nuevo *tras las huellas de Jesús*. Convertirse es resucitar a un seguimiento más radical de Jesucristo, imitando su amor al Padre y a los hermanos.



A nuestro Padre del cielo no le asusta la gravedad de mi pecado, ni siquiera las motivaciones que tengo para volver a él (¿por culpa, por vergüenza..., por amor a Dios, por alegrar su corazón?). Su amor es tan inmenso que si me dejo amar por él, mi pecado será purificado y la motivación terminará siendo la más adecuada.

d Luego de la conversión del hijo menor, Jesús nos describe las características del padre, enseñándonos que la conversión es siempre posible, porque siempre Dios es Padre rico en misericordia (Nm 14,18-19).

Jesús nos presenta a un padre que actúa de modo muy extraño para su época: en vez de enojarse por la conducta del hijo y castigarlo se “conmueve profundamente” y corre a abrazarlo y besarlo (15,20). Enseguida le pone ropas, anillo y sandalias (15,22) y, además, le celebra una



gran fiesta (15,23). ¡El padre da la impresión que premia al hijo menor y, en cambio, al mayor que siempre le ha obedecido ni siquiera le ha dado un cabrito para celebrar una fiesta!

Jesús describe al padre como un hombre *capaz de conmoverse profundamente* (15,20). “Conmoverse” en la lengua de Jesús es *revolver-se las entrañas*. Es decir, el padre *se conmovió entrañablemente*. Esta misericordia entrañable, ¡es la propia de Dios (Os 11,8; Lc 1,78) y la de su Hijo Jesús (Lc 7,13), y debe ser la de sus discípulos (10,33)!

Por la degradación material y religiosa de su hijo, al padre se le revuelven las entrañas, imagen que indica que vibra de cariño y pena hasta lo más íntimo de su ser. No se trata de la compasión con gran dolor por el sufrimiento ajeno, pero sin hacer nada por el otro. Jesús nos señala las acciones inmediatas del padre que se conmueve:




a) lo cubre de abrazos y besos signo de que se alegra enormemente de recibirlo de nuevo como hijo;

b) manda que le pongan ropas y sandalias signo de que restaura su dignidad de hombre libre, y

c) que le pongan un anillo signo de que lo hace de nuevo partícipe de su poder y sus bienes (ver Gn 41,42-43).

El padre demuestra con su misericordia y sus acciones que el hijo que se marchó de casa no ha dejado de ser hijo para él, porque él -quien lo engendró- *no*

ha dejado de ser padre.



e Jesús es valiente porque con la parábola del padre misericordioso no sólo responde a la crítica de los fariseos y maestros de la ley (15,2), sino que también denuncia su pecado. Sin decírselos explícitamente, los compara con el hijo mayor de la parábola (15,29-30).

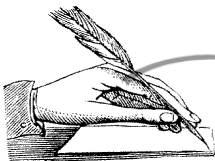
El hijo mayor para Jesús es un hombre que cumple a la perfección la voluntad de su padre, pero con disposiciones del todo impropias de un hijo: a)- es ingrato y soberbio: “nunca me has dado nada -le dice al padre- para celebrar una fiesta y eso que cumplo perfectamente tus mandatos” (15,29); aún no entiende que todo lo del padre es suyo (15,31), y b)- desprecia a los que no son buenos como él: “ahora que llega ‘ese hijo tuyo’ que se gastó todo (¿no debería haber dicho “mi hermano”?) le organizas una fiesta” (15,30); aún no entiende que el padre es padre de ambos hijos y a los dos los ama y acoge (15,31).

Jesús, buen maestro, nos revela las disposiciones del Padre del cielo frente a sus hijos pecadores y nos pide que lo dejemos ser *Padre misericordioso*, aprendiendo a ser hijos y hermanos. Así es posible la celebración de la vida y de la fe. Quien experimenta la misericordia del Padre puede a su vez experimentar la alegría de la fraternidad y celebrar -con toda la familia de Dios- la fiesta del perdón y la vida.



***...Dios anhela que lo dejemos ser
Padre misericordioso...***

2. Meditamos el mensaje y la vida



2.1. Los signos...

A la luz de lo compartido,
volvamos a leer el texto bíblico.

Nos quedamos un rato en silencio, escuchando a Dios,
y *marcamos el texto* con: **a)** un *signo exclamación* (!) cuando
el mensaje de Dios interpela mi vida, **b)** un *asterisco* (*) cuando
percibo que me mueve a orar (pedir, dar gracias, alabar...),
y **c)** una *palabra al margen* de mi Biblia
que me indique un cambio de conducta.

2.2. La meditación...

Pongamos fraternalmente en común el *signo de exclamación*: ¿por qué
ese acontecimiento o palabra del texto bíblico interpela hoy mi vida? Com-
partamos.

Luego, meditemos a la luz de algunas de las siguientes preguntas, cuál
es el mensaje de Dios para nuestra vida:

- **Teniendo en cuenta la conducta y sentimientos del hijo menor:**
 - ¿En qué consiste una conversión sincera?
 - Una sincera conversión ¿me hace más hermano de los demás?, ¿por qué?
- **Teniendo en cuenta la conducta y sentimientos del hijo mayor:**
 - ¿Cuándo mi comportamiento respecto a los otros es como el del hijo mayor?
 - ¿Cómo ve el hijo mayor a su padre?, ¿por qué?
 - ¿Qué características revela Jesús de nuestro Padre celestial?
- **Teniendo en cuenta la conducta y sentimientos del padre:**
 - ¿Qué características debe tener mi familia o comunidad para ser como el padre de la parábola?
 - ¿Qué podemos hacer para crear una sociedad más misericordiosa y menos enjuiciadora y condenadora?

3. Oramos el mensaje y la vida

Nos detenemos ahora en las palabras o frases marcadas con *asteriscos* (*), que nos mueven a la oración. Asumiendo lo meditado y teniendo en cuenta nuestra vida personal y comunitaria, con sus necesidades y esperanzas, oramos alabando al Señor, pidiendo lo que necesitamos, dando gracias...

Nos puede ayudar a orar el *Salmo 51* (50):

“Ten piedad de mí, oh Dios”.



4. Practicamos la Palabra

Revisemos ahora las palabras que pusimos al *margen de nuestro texto* para indicar acciones que el Señor nos está pidiendo.

Compartamos por qué escribimos esa palabra explicando cuál será nuestro compromiso.

Terminamos el *Encuentro* con una oración y un canto, y -si se estima conveniente- un momento de convivencia compartiendo la mesa en familia o comunidad.